

Revista de la CEPAL

Secretario Ejecutivo
Norberto González

*Secretario Ejecutivo Adjunto de
Desarrollo Económico y Social*
Gert Rosenthal

*Secretario Ejecutivo Adjunto de
Cooperación y Servicios de Apoyo*
Robert T. Brown

Secretario Técnico
Adolfo Gurrieri



NACIONES UNIDAS
COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA Y EL CARIBE

SANTIAGO DE CHILE, AGOSTO DE 1986

SUMARIO

Nota	7
Raúl Prebisch 1901-1986. <i>Anibal Pinto.</i>	9
Exposición del Dr. Raúl Prebisch en el vigesimoprimer período de sesiones de la CEPAL.	13
La juventud latinoamericana entre el desarrollo y la crisis. <i>Germán Rama.</i>	17
La juventud argentina: entre la herencia del pasado y la construcción del futuro. <i>Cecilia Braslauský.</i>	41
Los jóvenes en el Brasil: antiguos supuestos y nuevos derroteros. <i>Felicia Reicher Madeira.</i>	57
Ausencia de futuro: la juventud colombiana: <i>Rodrigo Parra Sandoval.</i>	81
Juventud chilena y exclusión social. <i>Javier Martínez y Eduardo Valenzuela.</i>	95
La radicalización política de la juventud popular en el Perú. <i>Julio Cotler.</i>	109
Los jóvenes y el desempleo en Montevideo. <i>Rubén Kaztman.</i>	121
La juventud de los países del Caribe de habla inglesa: el alto costo del desarrollo dependiente. <i>Meryl James-Bryan.</i>	135
Meditaciones sobre la juventud. <i>Carlos Martínez Moreno.</i>	155
Juventud popular y anomia. <i>Javier Martínez y Eduardo Valenzuela.</i>	173
La juventud como movimiento social en América Latina. <i>Enzo Faletto.</i>	185
La juventud universitaria como actor social en América Latina. <i>Henry Kirsch.</i>	193
Publicaciones recientes de la CEPAL.	205

Meditaciones sobre la juventud

Carlos Martínez Moreno

Junto a los trabajos de índole más especializada, que la División de Desarrollo Social de la CEPAL realizó con ocasión del año internacional de la juventud, se encuentran otros que procuran examinar la realidad juvenil desde una perspectiva global. Tal es el caso de este artículo en que el autor, destacado intelectual uruguayo recientemente fallecido, va hilvanando meditaciones que desentrañan ciertas facetas ocultas de aquella realidad. Lo que aquí se presenta son sólo algunas partes de un trabajo mayor, que se desea tengan el significado de un modesto homenaje a su memoria.

El artículo comienza por el examen de la juventud universitaria, sus orientaciones y su papel casi siempre crítico e inconformista, para penetrar después en el sentido generalmente hermético de los lenguajes juveniles y en el significado que ellos tienen en tanto medio de comunicación con el resto de la sociedad. Más adelante aborda el tema de la relación de los jóvenes con la política, lo que le permite a continuación encarar la indiferencia y la rebeldía como dos formas típicas de conducta juvenil. Luego, en el capítulo que denomina "el perfil de lo anómalo", reflexiona sobre la drogadicción y la delincuencia juveniles, para referirse después a algunas de las creencias y formas de organización de los jóvenes actuales, en especial las que se ponen de manifiesto en los ámbitos sindical y político que, junto al universitario, contienen los gérmenes de un cambio positivo en la orientación de las sociedades latinoamericanas. La meditación final está destinada a destacar el papel decisivo que tiene la educación en el desarrollo de la juventud.

I

La juventud universitaria

Las universidades fueron siempre centros irradiantes de cultura en América Latina. Lo fueron desde los días de la Colonia y han oficiado de focos de saber, de sedes de extensión de la cultura y de hogares ilustres para los linajes del liberalismo político: San Marcos en Lima, San Carlos en Guatemala, Córdoba en Argentina. Al vaivén de los tiempos cambiantes han tenido predicamento y sufrido persecución, dentro de enmarcaturas que no han dejado de ser elitescas (el sueño de una universidad de masas es todavía un sueño inmaduro y turbulento en América Latina). En Ecuador, uno de cada seis jóvenes es analfabeto y uno de cada seis jóvenes asiste a la universidad. Por supuesto, de ese fenómeno de polarización no es responsable la universidad en cuanto institución; pero sería igualmente falso afirmar que ha sabido siempre sustraerse a él y cumplir un papel histórico de equilibrio y de fuente. En un escenario caracterizado por todas las formas de la pasión y de la crudeza, equivaldría a haberle pedido un imposible, y naturalmente no lo ha cumplido.

La reforma universitaria ha tenido un proceso rico, complejo y laborioso en América Latina. Y los hechos políticos vinculados a la expresión de los sentimientos cívicos del estudiantado y a la afirmación del sentimiento autonomista han pugnado —con ángulo vario— por separar radicalmente los programas y el gobierno de la universidad, sustrayéndoselos a los centros institucionales del poder gubernativo; y en esa coyuntura se han venido reiterando, con una henchida multiplicidad de contenidos y seguramente de intenciones. Los universitarios de América Latina —un sector cuantitativamente menor pero decisivamente actuante en los medios urbanos del continente— tienen ya su historial y sus mártires y sus conquistas. La primera y más famosa de éstas fue la reforma universitaria de Córdoba, Argentina, en 1918: hizo en cierto modo de matriz para los movimientos sucesivos aunque hoy, como es natural, haya quedado un tanto atrás (no de espaldas) al paso de los tiempos. Transcurre exactamente una media centuria entre la reforma de Córdoba y la matanza de cientos de mani-

festantes juveniles en la Plaza de las Tres Culturas, en la Ciudad de México, en 1968; ha pasado a la memoria histórica vinculada al nombre indígena y más usual del sitio, que es el de Tlatelolco. La tragedia de Tlatelolco es un hecho todavía irrestañable en la vida pública mexicana y en las relaciones entre el poder político y el universitario. La rebelión juvenil y estudiantil francesa, que se propagó desde Nanterre a París y fue mucho más famosa que Tlatelolco en el contexto universal, causó solamente una baja estudiantil, en un episodio sellado por la imprudencia. De Gaulle pudo asistir, entre expectante, impávido y majestuoso al despliegue de las hermosas consignas poéticas del 68 francés, "la imaginación al poder" y tantas otras estampadas por el *spray* en los muros de la Sorbona, alrededores y provincias; y pudo aguardar a que la primera fisura del movimiento se produjese (la tan mentada alianza de "obreros y estudiantes, unidos y adelante") para avanzar sobre él con todo el peso de su prestigio y derrotarlo. Se ha comparado a menudo al 68 francés con las jornadas mucho más cruentas de la Comuna, en 1878. Thiers era un personaje ínfimo al lado de Charles de Gaulle, el adolescente Arthur Rimbaud fue un actor mucho más magullado por los hechos que el otoñal Sartre, las aproximaciones históricas tienen algo de inevitablemente contingente y miden con mayor nitidez las separaciones que las posibles similitudes. La consigna "obreros y estudiantes" también ha sido invocada muchas otras veces; en la lucha uruguaya por la ley universitaria de 1958 aparejó entre otras causas, al cabo de más de noventa y tantos años de continuo predominio colorado, la primera rotación de los partidos tradicionales en el poder, en el Uruguay. Pero, en lo efectivo de los hechos ha sido en mayor medida el resultado de la imaginación proselitista de los conductores estudiantiles y políticos que el fruto de una persuasión profunda salida de los ámbitos laborales. Es un estribillo que gritan los jóvenes estudiantes al manifestar, al recolectar fondos en los peajes que organizan para ayudar a los obreros en sus conflictos del trabajo, pero no se oye con semejante fervor en las bocas de los auténticos trabajadores, para quienes los estudiantes parecen seguir cubiertos por cierto estigma de incurable señoritismo elitista. Pertenece al reino de las formulaciones desiderativas más que al de las realidades sociales.

No sería justo derivar de estas palabras un reproche al movimiento estudiantil, tachándolo de quimérico y esquizofrénico, ni siquiera en aquellas sociedades que —por el peso de una frustración constante— parecen inducir a los jóvenes a la quimera y a la esquizofrenia, cuando no al más torvo resentimiento. No. Con todos sus defectos y con todas sus incertidumbres, conaturales a un proceso de identidad y de crecimiento ensayado sobre los terrenos más ásperos y en medio de las más perentorias urgencias de la acción, la universidad —por la obra de sus jóvenes y también por la de sus maestros— ha sido la más firme, a veces la única surgente de cultura viva en nuestras sociedades. La clase alta se ha refugiado durante décadas en lectura anacrónicas, que la dotan de un sabor de añejamiento que acaso aparezca como displicente y distinguido; y al irse sumergiendo en las aguas de una crisis que ha acabado por conmoverla y corroer sus arbotantes, no ha sido dramática ni trágica, sino frívola; se ha entregado a los balnearios y a los viajes, ha circulado entre mansiones que amenazaban ruina y best sellers que anunciaban una sustancial ordinariéz de la cual ella ha extraído pasatiempo, y no ilustración ni drama. Quien escriba una reflexión sobre las bibliotecas de la oligarquía en los dos últimos siglos tendrá ante sí un espejo patético de una decadencia de la vitalidad, de la caída de la reproductividad espiritual de una clase. La ya anticuada biblioteca de clásicos en pasta española o de acreditados *bouquins* en francés, de los días en que aspiraba a figurar como una clase culta por más que amanerada, ha cedido a la hojarasca de los *paperbacks* comprada en los supermercados de sus travesías, esa travesía que hace ochenta años se efectuaba por barco y hacia París y hoy conduce en *jumbo* a Miami o Disneylandia.

A falta de una tradición de instituciones sólidas, de perfil original, independientes y auténticamente creadoras, las universidades han desempeñado un papel que las ha llevado frecuentemente mucho más allá de los confines de la docencia y que han debido cumplir y agotar en los dominios de la cultura. Se han abocado, en tal orden, a una función central en las áreas de una cultura institucionalizada, que ha tenido en América Latina un margen mucho más ancho y menos estratificado y académico que el de las

grandes universidades europeas, originadas en la Edad Media y titulares de una continuidad fundamental a través de los siglos (desde el XIII a hoy). Y como las universidades han sido el centro y el semillero de inquietudes de la juventud —sobre todo de las clases medias y altas— a través de ellas los jóvenes han asumido un protagonismo cultural que sólo mucho más restringida y parcialmente han podido desarrollar en otras instituciones, desde las asociaciones hasta los ateneos liberales, tan en boga entre la *intelligentsia* americana del siglo XIX. En la historia de la educación, de la creación artística y del pensamiento político, las universidades han tenido el más amplio espectro de acción en América Latina. Y los jóvenes, que han dado desde 1918 hasta el presente una lucha incansable por el cogobierno de las universidades, con vicisitudes que se han difundido hasta abarcar la entera vida civil y hasta afectar la misma paz social de nuestras repúblicas, tienen en estos campos una experiencia de participación que no siempre han encontrado en los carriles de la vida política que se sustancia dentro de las estructuras de los partidos y de los marcos del Estado.

La cultura y el *establishment* aparecen como aliados, fuera de la quiebra de los momentos coyunturales más críticos, en las sociedades desarrolladas. Y en cambio, dado el papel tradicionalmente rebelde, contradictor, objetor e inconformista de las universidades en América Latina, cultura y *establishment* han llegado a parecer valores de signo antagónico en el nuevo

mundo. En la medida de esa contradicción, los jóvenes han asumido un papel protagónico más ostensible dentro de las totalidades de una sociedad en vías de desarrollo y expuesta a mayor número de crisis de crecimiento, como ha sido la de América Latina.

La clase proletaria ha vivido en la obsesiva brega por su existencia, literalmente al margen de los bienes de la cultura y de los ocios de la lectura. Ha sido la clase media, expresada en su nivel más gallardo por las universidades, la que ha sostenido la vida y la irradiación de una cultura que, entre nosotros, ni el Estado ni las clases altas quisieron nunca hacerse cargo de sostener.

Cuando nos refiramos a los alentadores signos y síntomas de un nuevo estilo de existencia en los sindicatos y en otros ámbitos donde los jóvenes están imponiendo ahora un sello propio y juvenil que durante años pareciese perdido en la estagnación y en la vejez o definitivamente descuidado, habrá ocasión de predecir si —en los tiempos no necesariamente más sombríos que los pasados que hoy se están esbozando y acaso se hallen en embrión— ese papel de dar una nueva razón de fe y de presencia a los jóvenes verá a las universidades, en buena hora, ya no tan solas ni tan aisladas en su denuedo como hasta hoy lo han estado. De los sindicatos y de las aulas acaso broten los fulgores de un nuevo e incierto, a veces se temería que todavía un poco trabado, estilo de esperanza. Años y hechos lo dirán, si se sabe esperarlos sin dejar entretanto de ser jóvenes.

II

El lenguaje de los jóvenes

Hay quien se asombra, a veces, de las pocas palabras con que hablan los jóvenes, de los vacuos y amplios registros del silencio en que caen con continuas remisiones tácitas a la imaginación del oyente. Borges comentó una vez que el *¿sabés cómo?*, la renuncia a expresarse asumida como propuesta que se dirige a otro para que el otro se lo explique o imagine todo, era la forma más típica de la pobreza discursiva del rioplatense.

Pero es posible leer reflexiones muy semejantes en México, como reproches formulados a lo que se llamó allí, en el habla de los jóvenes de la ciudad, el lenguaje de *la onda*. El joven habla, efectivamente, apoyándose en la muletilla de los muchos *chisés*, de las estereotipias, de los modos acuñados y mostrencos, de origen anónimo y efecto conocido.

Por supuesto, todo esto comienza por depen-

der de los niveles de cultura, de que el joven frente a quien se esté sea un analfabeto del medio rural o un universitario del medio urbano. Pero no es insólito que el primero acuda a la expresividad sabida de lo sentencioso, a la eficacia connotativa segura de modismos y refranes, a los pintoresquismos que ya no es necesario inventar porque están inmemorablemente registrados y forman parte de los elementos folklóricos de una cultura. Lombardi Satriani como antropólogo, ha anotado dichos —a veces dialectales— de una expresividad infalible, en los italianos del sur de la península (sicilianos, calabreses, etc.), en estratos de cultura muy inmediata, elemental y aliteraria. Todos podemos, con un poco de paciencia y de oído, confiarnos a un registro semejante. Y en contraposición, es dable asistir al hecho de que un joven universitario se exprese, hoscamente, sin visible interés por que lo entendamos, con un repertorio acaso tan basto y pobre, cuando no tan inexpressivo como el de un analfabeto.

Los lingüistas suelen considerar que, en el caso de los jóvenes, el hecho implica un acto o gesto de desconfianza ante el lenguaje, un resentimiento frente a los trillos del valor expresivo admitido por el común de las gentes. El joven que voluntariamente habla mal y que no lo hace (o cree no hacerlo) por insuficiencia cultural o por mera timidez, a menudo está rebelándose contra el lenguaje como arma de posesión, como instrumento que confiere a unos un poder sobre otros. En la guerra de las edades y de las condiciones, en que todos estamos sospechados de ejercitar nuestras dotes con un sentido de poder y de agresividad y con una intención de dominar o de imponernos, el joven que se manifiesta reticente ante los envites de comunicarse que le agencia el lenguaje está desconfiando de la comunicación misma, de las coyundas o servidumbres que pueden derivarse de ella. Tanto como acusa un fondo de inexpressión sustancial y de aridez, de incapacidad o de impotencia, está seguramente ensayando resguardar la inviolabilidad de su mundo o del mundo de sus valores, al cual está atenido; y no quiere ver cuestionado ese mundo por otros, sobre todo si esos otros son mayores, más cultos, mejor dotados o más poderosos.

Fuera de esta suerte de auxiliatoria de pobreza (como se diría en lenguaje forense) con que el joven prefiere usar del habla a fin de que no se le penetre a través de ella, hay sin duda un ánimo

de demistificación de lo enfático, de denuncia de lo sobredicho o de lo abundoso, como poco púdico o como intrusivo. El profesor que, después de haber luchado contra el mutismo o la huraña parquedad de sus discípulos gana su confianza y consigue "hacerlos hablar" —y la expresión es odiosa, en la medida en que evoca el afán de los pesquisantes en las comisarías policiales o en los "separos" de Investigaciones— suele asombrarse de que, desprotegido de esa capa de hosquedad aparente que lo recubre, ese lenguaje se revele, como trasunto de un pensamiento, mucho más versátil, flexible y rico de lo que se hubiera estado previamente dispuesto a creer. La distancia intergeneracional de las edades y la distancia de las situaciones respectivas suelen explicar ese hecho, por otros fundamentos que los del nivel cultural de cada uno. Por el contrario, a veces es el más inculto, el que ha recibido menos educación y se halla más desapercibido a la confrontación, el que se expresa con una veta más generosa y efusiva, con menos cortapisas y sin ambages dentro de su propia posibilidad. El menos astuto, el más incauto, el más candoroso, el más ingenuo, el de reacciones más toscas y elementales es a menudo el más elocuente, en la medida en que no ha imaginado nunca usar el lenguaje como un sistema de defensas para escudarse o emboscarse detrás de él. Y, salvo formas de imposibilidad expresiva, de incapacidad verbal muy paladina, el más cándido suele ser el más elocuente y verboso. Suele haber una dosis de timidez o de indiferencia para comunicarse detrás del silencio de los jóvenes —una de dos o ambas— o, en casos más extremos, lo que los siquiatras suelen bautizar como síntomas de insensibilidad o anestesia moral, en la absoluta vacuidad o neutralidad de sentimientos en que el hablante se sitúa frente a la impresión que pueda provocar en quien le escuche.

En el argot o jerga (germanía, le llaman los gramáticos) de la delincuencia urbana —y la delincuencia no son sólo ni prevalentemente los jóvenes, pero son también los jóvenes— el efecto críptico de los modos de decir se debe a que se está echando mano a un lenguaje perseguido y acechado, a un lenguaje del malvivir acosado y reprimido por la autoridad. Ese lenguaje muda de piel cada poco tiempo, precisamente en un ardid fugitivo, para escapar, para hacerse ininteligible a la indagación, para evadirse de ella. Bec-

co lo ha escrito muchas veces, Gobello ha redactado varios diccionarios de *Lunfardía*. Y en el habla de nuestras grandes y caóticas ciudades, la literatura suele expresarse por modos parecidos, aunque tal vez no con intenciones similares (porque fuera del ámbito de la delincuencia, el lenguaje es utilizado para comunicarse y no para esconderse). Tal vez la clave radique en el hecho de que busca comunicarse con algunos y no con todos. En una novela que tuvo gran resonancia hace unos cinco años en México —y que fue escrita por un joven poeta, homosexual y drogadicto, Luiz Zapata— el lenguaje es tan cerradamente criptológico que cuando la crítica debió inquirir las llaves con las cuales pudiera franquearlo, el autor mismo contestó que se trataba del “lenguaje del Sanborns de la Colonia Roma” en tales años. O sea que, para entender cabalmente la historia narrada en *Adonis García, El Vampiro de la Colonia Roma* (1979) se reclamaba estar al tanto de la jerga que se hablase en uno de los tantos cafés o puntos de reunión de la ciudad, en un determinado tiempo. El texto de otro de los jóvenes narradores mexicanos, de apellido

Castañeda, exige el acceso a la jerga de los delincuentes políticos en una de las cárceles, en la cual el autor estuvo preso por algún tiempo. Sería muy tibio decir, pues, que el lenguaje de los jóvenes se halla segmentado o destroncado en cientos, miles de jergas (porque también está el lenguaje de la universidad, el de las fábricas, el de los deportes, el del jet set, etc.). Esa diversidad de modos, formas y estilos de la comunicación alude o sugiere ya un panorama de fragmentación neurótica, de incomunicación, la soledad o el naufragio del joven en un piélago temible y, en gran parte, desconocido (temible por desconocido, desconocido por temible). Si se piensa que, entre idiomas y dialectos registrados, en América Latina se hablan más de tres mil, fuera de muchos sin registro lexicográfico ni admisión académica, se advierte que en ese caos la posibilidad de comunicarse con el joven, en cuanto pretensión de comunicarse con todos los jóvenes, es absolutamente imposible y quimérica. En la necesidad de transmitir un mensaje a los jóvenes de América Latina —potencialmente, a todos los jóvenes— no hay que perder de vista este escollo insalvable.

III

Los jóvenes y la política

¿Es cierto que el joven actual sea indiferente a la política, no manifieste ningún interés por saber de ella y menos aún por militar en ella? El observador lo oye decir muy a menudo, al mismo tiempo en que cree estar asistiendo a la evidencia de lo contrario.

Fuera de las salvedades de siempre (hay innumerables tipos de joven, por el medio en que han crecido y se han formado, por la educación que han recibido, por el oficio o la falta de oficio en el medio en que se mueven) es muy preciso aquí, más aún que en otros tópicos, entenderse sobre el alcance de los términos —el lenguaje.

Se ha dicho que el joven es, por definición, *parricida*. O sea que, con el sentimiento de haber sido engañado y trampeado, sorprendido en sus originarias credulidades para hacerle consentir en valores vencidos o ya caducos, está prevenido

y es desconfiado, se niega a admitir los cartabones y las categorías ensalzados o acatados por la generación de sus padres. Esa forma de parricidio alegórico o simbólico se da en la literatura, en la música, en las aficiones y esparcimientos y también, naturalmente, en política.

Pero no se trata aquí tan sólo de un reflejo generacional. Han mediado muchas conmociones y muchas injusticias y muchos padecimientos y grandes estafas históricas para que ese chasco y esa retracción de los jóvenes no se credibilicen plenamente, no se justifiquen con creces. El joven vive, por impulsos igualmente incontenibles y sinceros, entre el compromiso y el descompromiso, entre aquello en que cree y aquello que niega, entre aquellos extremos a los que presta el apoyo de una fe ardiente y aquellos de los que abjura, con no menos fervor. En esa oscilación

pendular se le explica en gran medida. Y en primer lugar, es característico de la juventud formular esos juicios con el predominante alcance de un reproche moral, de una atribución y una reprochabilidad éticas. Un Estado o una situación o una sociedad decayeron o se arruinaron o descalabraron en un momento dado, en una coyuntura que se cree poder precisar. El joven se dirige a buscar los culpables de ese deterioro entre las propias víctimas que dicen haberlo sufrido. El Zavalita de *Conversación en la catedral* de Vargas Llosa expresa su derrota íntima subsumiéndola en el infortunio del Perú de la dictadura de Odría. Pero los jóvenes no sienten simpatía por los Zavalitas, ni tienen predisposición a creerles; el más quejoso puede ser, a su modo, un culpable, un cómplice o un encubridor. Su desaliento o su cobardía pueden haber gestado muchas quiebras. El joven no cree en los vencidos aunque puede exaltar a los mártires: Zavalita no es un objeto legítimo de conmiseración, el Che Guevara es exaltado como un héroe o un mártir por la juventud. No hay, de un caso a otro, ninguna contradicción. Hay una suerte de carisma para la muerte que hace que tal índole de héroes sellados ocupe un lugar único en la pura devoción de los jóvenes. El espécimen del héroe derrotado tiene hoy menos hornacinas que antes, desde que la realidad mostró que Cuba y Argelia y Vietnam eran posibles y que sobre esos hitos era factible ponerse a construir algo. ¿Pero ponerse a construir qué y cómo?

El joven se compromete en aquello que cree pero se desentiende, no menos radicalmente, de aquello que descrece. En España se suele hablar del "pasotismo", como una actitud referida sobre todo a los jóvenes. Revisan retrospectivamente la historia que no tuvieron oportunidad de vivir y, como resultado de ese análisis, suelen decir: "si esto es democracia (o si esto es sentido republicano, etc.) yo paso", como si estuvieran manejándose con las fichas de un juego. A esto se le llama el "pasotismo", como estado de ánimo y como actitud mental: deshacerse de lo que no creen, deslindar posiciones y, en definitiva, proclamar su ajenidad a lo que en modo alguno podría recabar su asentimiento. Es una extraña ideología (sería mejor llamarle el vaciado de una ideología demistificatoria) de la dejación y de la alienación.

El joven siente una exigencia de absolutos en

cuya búsqueda suele ofrecer el bien mismo de la vida. En esa ambición suele no tener demasiado prestigio lo factible, sacrificado en aras de lo absoluto. Con esa exigencia de absolutos el joven suele leer a pensadores asistemáticos y revolucionarios, del tipo de Marcuse. Y con esa misma exigencia suele alistarse en la guerrilla y en los modos de la acción directa, menos sospecha de transigencias y de impurezas y claudicaciones que la acción política dentro de cuadros—así esos cuadros sean los de la izquierda.

En una coyuntura alimentada primordialmente en el entusiasmo juvenil por la figura y la cruzada boliviana del Che Guevara—episodio de estirpe romántica nimbado por extremos de martirologio que suelen sacudir la imaginación y excitar la conducta de los jóvenes—tuvo un auge juvenil pasajero pero intenso la prédica del ideólogo francés Régis Debray (hoy asesor del gobierno de François Mitterand) a través de su breviario *Revolución en la revolución*. Que ese folleto se haya difundido a partir de la imprenta oficial cubana, muestra hasta qué punto dos pistas netamente diversificables pudieron en un momento encontrarse y confundirse. Ese momento, según es obvio, ya ha pasado; pero no sin dejar su impronta en la formación de quienes eran jóvenes en la década de los años sesenta. Esos jóvenes vivieron entonces, fugaz pero ardientemente, la encarnación del absoluto en ellos mismos; y asumieron ese absoluto hasta su último extremo.

Ese deslinde y ese distanciamiento condenan o abandonan a las estructuras tradicionales. Y también a todo lo que quiera hacer del joven un *cliente*, un adepto pasivo o reclutado, un número con el cual contar, pero sin tomarlo en serio.

En ese sentido, la supeditación a una disciplina monolítica de partido, por ejemplo, disgusta a los jóvenes, no merece su adhesión ciega casi nunca y tropieza con su suspicacia muy a menudo. La vieja imagen del club político tradicional (del "clú", como se le ha llamado) tiene ya un desprestigio irrescatable. Pero no es el desprestigio de la política misma sino el de un modo de hacerla. Bastó, verbigracia, que en el Uruguay del año 1971 se cambiasen esas formas esclerosadas, anquilosadas, por otras que discurrió el espontaneísmo de las movilizaciones barriales para que se revelase que no era que el joven quisiera mantenerse lejos de la política sino que,

hasta ese momento, no había dado con el modo de situarse más cerca. El club político puede ser, en los complejos rodajes del dirigismo en el Estado contemporáneo, un mal inevitable de la intermediación entre ciudadano e instituciones. Aldo Solari se aplicó a demostrarlo lúcidamente una vez, en un artículo publicado en la Gaceta de la Universidad en Montevideo, bajo el título de *Réquiem por la izquierda*. Pero, aunque el club sea inevitable, el joven prefiere desertar de él, poner distancias y expresarle repugnancia moral y absoluto desapego. Podrá ser bueno para conciencias vencidas y mendicantes, que no tengan inconveniente en supeditarse a cambio de la ventaja que piensen extraer de su dependencia. El joven —ser joven es una edad del espíritu o de la conciencia, tanto como una edad biológica— no quiere prestarse a nadie, a ningún precio. Si luego, con el paso de sus nuevas edades, toda su cenestesia política cambia, podrá pensar otra cosa. Pero habrá dejado, en ese mismo momento, de ser joven.

El joven actual mantiene muy viva la memoria del escarmiento por sus inocentadas y por sus reveses. Y cree extraer una suerte de sabiduría elemental de la memoria de sus chascos, tomándola de la experiencia de todas aquellas veces en que ha sido defraudado. Es también cierto que muchas veces los jóvenes se adentran en experiencias desesperadas a sabiendas de lo que son, como en una especie de torva indiferencia por el riesgo y por la muerte. Sin perjuicio de que el genocidio de los miles de desaparecidos en Argentina tenga otras explicaciones mucho menos absolutorias para los asesinos que la de un presunto masoquismo de la juventud revolucionaria argentina en las décadas del setenta y del ochenta, no puede negarse que algunas aventuras bélicas insensatas y descabelladas tienen algo así como un fundamento romántico suicida, que ha labrado la vocación trágica de los "montoneros" tanto como el martirio y el crimen que luego cayeron sobre sus cabezas.

Luego de los flujos de la historia sobrevienen los reflujos, luego de los *corsi* los *ricorsi*. Desencantados y defraudados por un plano de ambiciones máximas que los excluya, los niegue o los extermine, los jóvenes se han dado recientemente a entregar su energía constructiva a los proyectos de lo dignamente posible, aportándoles una

suma de denuedos individuales que pueden labrarse un espacio más acá de los grandes fogonazos ideológicos de la historia. Tales han sido las empresas de autogestión y, entre ellas, las experiencias del cooperativismo agrario y urbano en América Latina. Ha alentado en ellas la veta de un comunitarismo de raíz sentimentalmente anárquica, que descree de las panaceas libradas a la posibilidad del Estado y se contrae a las formas de una redención más modesta, inmediata y factible, al *socaire* de las engañosas promesas totales del leviatán de este siglo, que es el Estado. El cooperativismo, allí donde exista un mínimo de homogeneidad social que lo viabilice, ha escrito páginas y librado batallas no desdeñables en nuestro tiempo.

Algo de esto ha llevado, sin duda, a una nueva configuración de la izquierda, lejos de lo que ha dado en llamarse "el comunismo tradicional". Una suerte de comunismo de fondo ácrata o libertario, en el cual se descubre —asimismo— la pervivencia de algunos de los planteamientos de Trotski. Esas formas de comunismo de fondo muchas veces nacionalista, ácrata o libertario (ácrata sin doctrina extraído de la II Internacional, en cierto modo ácrata sin saberlo, al modo en que hablaba en prosa el Monsieur Jourdain de *Le bourgeois gentilhomme*) son las que informan la mezcla de teoría y principios de praxis de la acción directa, por ejemplo en los casos del E.R.P. argentino o del M.L.N. del Uruguay. Se trata de movimientos de jóvenes, salidos a veces de filas marxistas y otras veces de filas nacionalistas, con una borra evidente de desencanto en ambos casos, y asimismo de colindancia de puntos de vista que se podrían haber dado como extremadamente opuestos pocos años antes. En ninguno de los casos se trata de formaciones que alberguen masas multitudinarias de jóvenes ni puedan mayoritariamente hablar en nombre de sentimientos característicos y definitorios de la juventud, en cualesquiera de los casos conocidos. Suelen derivar hacia el terrorismo o vivir predilectamente dentro de él, como es el caso de la banda Baader-Meinhof; y revelan —en muchos de sus componentes— obvios ingredientes de desajuste psíquico en la adopción de temperamentos absolutos o radicales, al modo de los que definieron en su hora a los nihilistas bajo el zarismo o a los anarquistas de la época de los magnicidios o a las bandas fanáticas de musulmanes o de

judíos hoy (la confrontación mortal e irreconciliable no obsta a la similitud y aun al calco).

Estos grupos, integrados por jóvenes, son acaudillados también por jóvenes (Daniel Cohn Bendit, Ruddy Dutschke o Ruddy el Rojo, Andreas Baader y Ursula Meinhof, los jefes del IRA, etc.). Igual principio de homogeneidad contras-

tando con la senectud de las cúpulas políticas conocidas, rigió en Sierra Maestra. Estos jóvenes no son, por supuesto todos los jóvenes ni siquiera, numéricamente, una porción muy grande de los jóvenes. Pero, en ciertos campos, han jugado la partida por todos y a todo su precio, y nadie les negaría títulos para representarlos.

IV

Indiferencia y rebeldía

No es cierto, por tanto, que el joven sea indiferente, en su caracterización dominante o mayoritaria, aunque en términos como éste sea absurdo ensayar escrutinios. Pero una galería de jóvenes no estaría completa sin el retrato del indiferente. La indiferencia puede confundirse con la taciturnidad o la demencia y también con la gratuidad y el amoralismo. Son extremos de fondo perfectamente discernible pero, tanto en la realidad como en la creación artística, pueden darse en las zonas de un veteado rico, complejo y, en definitiva, escabroso.

Los indiferentes, que dieron título a una de las novelas de Alberto Moravia, aparecen muy llamativamente entre los jóvenes, dominados en muchos casos por el *angst* de la originalidad, por el afán neurótico de una singularización que puede conducir igualmente al heroísmo, al crimen, al vicio o al suicidio. Todos conocemos a ese personaje en la literatura, es el autor del acto gratuito en Gide y es el Meersault en *El Extranjero* de Camus. Es el Eladio Linacero de *El Pozo* de Onetti, con quien se inició en 1939 un espécimen de la indiferencia moral que algunos endosaron a nuestro modo de vivir urbano en América Latina y tiene en puridad más que ver con Céline que con Montevideo o Buenos Aires de los cuarenta.

Pero no hablamos del indiferente como personaje sino como criatura real, que alienta entre nuestros jóvenes. No hablamos del Meersault que mata al árabe porque el sol de la playa lo irrita sino del delincuente juvenil montevidiano que, puesto al volante de un auto robado, atropella y mata a un bombero tan solo por experimentar el ruido de su casco al caer; hablamos

de la Albertine Sarrazin, argelina, entregada a padres adoptivos que no la entienden, lanzada por su propia iniciativa de adolescente a la prostitución, al asalto y al robo, a la cárcel, al amor y en definitiva a la muerte, camino que recorre en sólo veintinueve años de existencia, dejándonos tres novelas autobiográficas, testimoniales, de un talento narrativo y de un tono moral (o amoral) inconfundibles. Hablamos de esos héroes o anti-héroes como Elvis Presley, jóvenes y drogados y adorados por jóvenes que ambicionarían ser iguales a esos mitos; todo dentro del estilo de una comunión juvenil extraña, estridente y ambigua; hablamos de John Lennon, el más señaladamente genial de los Beatles, a quien asesinara uno de sus *fans*, uno de sus admiradores, en el impulso destructor del más equívoco de los cultos, un Eróstrato que quiere asociarse a su ídolo por el ligamen de su crimen, en un acto de constatación y de empatía, de superposición de identidades. El malviviente, el homosexual, el drogadicto ya no son meras estampas discurridas por la pasión creadora, sino criaturas —víctimas, victimarios, testigos— de carne y hueso, en la confusión de un tiempo que eleva juntas las voces de todos ellos porque en cualquier sitio se sospecha que pueda estar la verdad de días tan arduos y cualquiera pueda tener algo que decir y razones para ser escuchado. Es el aire de la época, así se le llama.

Los griegos creían que los elegidos de los dioses morían jóvenes. Pero ni Raymond Radiguet ni Alain Fournier, ni antes que ellos y más importantemente que ellos Arthur Rimbaud, se creyeron elegidos de los dioses, y los tres —los

dos primeros por la guerra del 14, el tercero por el tormento de un martirio que llevaba en el devastado centro de sí mismo y lo llevó a escribir *Une saison en enfer* antes de los dieciocho años y a callarse por los veinte siguientes, hasta la mutilación de su cuerpo y la horrenda muerte en un hospital de Marsella— se consumieron en plena juventud y a ritmo vertiginoso. La violencia ínsita en sus destinos podía llevarlos al cadalso por haber violado a mujeres como a Chessman o por haber robado una goma en la infancia, como al desertor en el relato de Enzensberger.

Hay un pathos de violencia que esos jóvenes infligen a los demás o padecen sobre ellos mismos, pero que es —en todos los casos— igualmente gratuita y desencadenante e inexorable y trágica. Esa violencia es, muchas veces, la otra cara de la violencia verdadera, su alternativa dinámica o su apoteosis devoradora.

Si uno mira desde afuera las conductas de los jóvenes, se nos manifiestan a veces como de una violencia histérica cuando aplauden, cuando cantan, cuando se divierten y hasta cuando solamente ríen. Pero rara vez nos damos a pensar que acaso esa violencia cotidiana sea el exutorio para un mundo enfermo (para un cuerpo enfermo) inficionado de desigualdad, de injusticia, de hipocresía, baldado por esa contrahechura congelada que suele refugiarse (o ampararse) en el inmovilismo de las instituciones. Y así como la peor forma de terrorismo es la representada por el terrorismo de Estado, la peor forma de violencia puede no ser la que los jóvenes reboten sobre la sociedad sino la que la sociedad aplaste sobre los jóvenes. Algo de esto se halla en la metáfora de la sociedad como una flor carnívora, según la bella invención anónima del mayo 68 francés. Los jóvenes que suelen aparecernos como tan gratuita e inopinadamente violentos, acaso sólo estén muchas veces devolviendo la violencia con que la sociedad los golpea, con que los niega, con que los fuerza.

Ante esa violencia esgrimen su protesta y su rebelión. La rebelión, la inconformidad, su protesta, su agravio por la estafa, su fraude, su chasco: su desencanto. Desencanto, esa palabra de cifra desmitologizante (o demistificatoria, que es lo mismo). Los psicólogos llaman a la adolescencia la edad de la rebeldía, la edad de la protesta y también la edad de la grosería. Es la edad en que todo hombre mata simbólicamente a su padre, la

edad del parricidio, de la definición sexual y, por sublimación, de la asunción de la independencia espiritual, de la identidad personal y algunas veces de la creación en el arte. Es la misma edad en que tantos jóvenes (sobre todo los de las ciudades) se compran y embuten esas chaquetas horribles, llenas de letreos, que exponen con un orgullo de egolatría y de inocencia, de soberbia y de rechazo. “Lo que hay de refinado en el mal gusto es el placer aristocrático de disgustar”, dijo una vez Baudelaire. Por algo de eso se las ponen, en un acto quizá plurivalente y equívoco: o para engañar acerca de ellos mismos (primera suposición) o para hacer de hazmerreír sobre su propia situación ridícula y desamparada, o para expresar con humor negro su propia soledad y su no pertenencia a nadie, su falta de apoyos en la vida.

Adolfo Bioy Casares escribió hace ya algunos años una fantasía breve y memorable, una de las novelas más melancólicas y punzantes que se hayan concebido sobre la prosaica realidad urbana de una de nuestras ciudades de América Latina, Buenos Aires en este caso. El libro se llamó *Diario de la guerra del cerdo* y la vicisitud imaginada en él era la de una matanza ineluctable y misteriosa, decretada y ejecutada por los jóvenes contra los viejos, sobre los barrios bonaerenses. Era una suerte de ilustración dinámica de la ley de los tiempos, sembrada en las noches por las esquinas de los suburbios porteños. El insoponible, insidioso malestar que esa fantasía expresaba, con un ritmo como de ordalía clandestina y parsimoniosa, estaba seguramente preanunciando otras desgracias, acerca de las cuales no hay constancia de que hayan sido perpetradas por los viejos contra los jóvenes, pero sí por alguien *contra* los jóvenes, con una violencia y un sinsentido y un frenesí que el cauto y maduro, civilizado libro de Bioy no podría haber predicho. Los desaparecidos de la Argentina, los miles de muertos jóvenes de la Argentina, son una respuesta que la vida dio al arte, parafraseando a Wilde. Bioy Casares no podía habérselo imaginado.

Las vicisitudes de los últimos años en varios países de América Latina (revolución en el caso de Cuba, guerrilla urbana o rural en otros países) han abierto el cauce a un proceso de fisuras generacionales y de ruptura en la vida de los grupos familiares, en forma tal que podría hablarse —sin ninguna exageración— de una alegoría del *filicidio*, a título no menos claro que del *parricidio*,

al cual ya nos hemos referido. Y psicólogos, ensayistas, analistas y psicoterapeutas han hallado en esa realidad un rico registro humano de reacciones que abarcan problemas de convivencia entre los integrantes de la pareja conyugal, conflictos en las relaciones entre padres e hijos, etc. Las actitudes de los padres, ante la conducta y las determinaciones de sus hijos, ante sus actos y decisiones de índole política, van desde los extremos de la reprobación, de la incompreensión y del repudio más ciegos y dolorosos hasta las formas emocionales más transidas de la sublimación, de la entrega y de la adhesión más incondicional, con toda la gama de consecuencias que ambas disposiciones de ánimo suscitan.

En el caso de los jóvenes radicalizados en sus comportamientos políticos —ora se mantengan los grupos sociales en los sitios habituales de su existencia, ora hayan tenido que derivar, por efecto de las persecuciones, hacia el destierro— suelen darse los rasgos simbólicos del filicidio tanto como los de la exaltación desmedida de la importancia de los jóvenes en las relaciones del grupo familiar. La alegoría de Saturno devorando a sus hijos, pintada por Goya, y la alegoría inversa pero igualmente macabra de los jóvenes victimando a sus genitores han ilustrado truculentamente los procesos de definición de millares de jóvenes en esta hora de la vida en América Latina.

V

El perfil de lo anómalo

El joven virtuoso tiene poca historia o su historia es aburrida y no excita a los lectores. Imaginarse los abismos del vicio —para decirlo con una frase melodramática, que está en el estilo de la misma suposición— parece mucho más interesante y, claro está tiene más lectores. Y así ha cundido, entre la gente imaginativa y desprevenida, la especie de que la juventud es especialmente depravada o perversa, especialmente cruel, especialmente sádica. No se cuenta, como diría Amado Nervo, la historia de las mujeres honradas. Sencillamente no existe.

Se usa a veces el término genérico de malviviente para designar a quien vive en zonas próximas o lindantes con las del delito, desde la vagancia y la mendicidad hasta los tráficos clandestinos aunque no directamente criminales; sin embargo, desde que se nos ha impuesto a todos la importancia de la drogadicción, ella ocupa el centro de la franja.

El joven drogadicto marca la existencia de un verdadero problema social y no debe ser torpemente incluido sin más entre los delincuentes, aunque a menudo, por la necesidad que le crea su adicción y la forzada obtención de medios para procurarse la droga, puede llegar a la criminalidad: roba para comprarla, asalta para comprarla,

mata por ella o meramente se entrega a traficarla como forma de financiarse su vicio y su dependencia. Criminalistas y toxicólogos distinguen entre las formas veniales y blandas (como el acto de fumar marihuana) y las formas destructivas y duras (como el consumo de heroína, la droga más feroz y la más cara); a la larga, y especialmente en el joven, ambos hábitos se tornan disolventes, deletéreos, devastadores de la personalidad y hasta de la vida. El joven drogadicto, si no se recupera espontáneamente o es tratado, al paso del tiempo está perdido. Y su parasitismo y dependencia, su supeditación tiránica y viciosa suelen empujarlo a otras formas del malvivir y la criminalidad. Aunque la marihuana y la amapola se cultivan obviamente en los campos —cuando no en los rincones escondidos de las ciudades— el consumo de la droga no es el problema de la juventud rural, excepción hecha de quienes se dediquen a su producción, que en todo caso son los menos. Es —en cambio— el problema de vastos sectores de las juventudes urbanas, incluyendo a las de los medios universitarios y a las clases altas. Por imitación, por modos sociales del contagio y asimismo por las formas de neurosis o desequilibrios que crea la vida de las ciudades en muchos jóvenes, es en los medios urbanos donde

la alarma creada por el consumo de la droga adquiere las dimensiones de una cuestión preocupante. Quienes estudian con criterio científico estos hechos señalan lo que en ellos hay de efecto de otras causas (vinculadas a problemas que se arrastran desde el clima familiar hasta la misma constitución psicopática del sujeto) y lo que hay de novelería, de imitación y de esnobismo en el comienzo de muchas carreras, que luego suelen tornarse indesarraigables.

En muchos de esos casos es evidente un inicial acento de protesta, de rebeldía y de afirmación personal, así sea por la adopción de una práctica descarriada. El joven que fuma marihuana busca no sólo la tregua transitoria de su pequeño paraíso de beatitudes individuales sino, asimismo, modos de comunión o de convivencia, paradójicamente en el oasis de solidarias soledades en compañía. Los jóvenes se alían y se crean vínculos—de los cuales saben que, en alguna forma insidiosa, están segregándolos de los demás jóvenes y agenciándoles un aura prestigiosa de “malditos”— cuando se asocian para dividirse el costo y repartirse un montón de cigarrillos de marihuana. Y la sublimación de esa condición de excluidos, de proscriptos y de malditos, que aguza y estimula la fantasía de muchas mentes juveniles, los lleva a proclamar, en los muros de las universidades y a veces a garrapear—para negarlos— al borde de carteles políticos que hablan de otras revoluciones, viva la marihuana, o viva la mota, como suele escribirse.

En muchos casos de consumo de droga por parte de los jóvenes existen, raigalmente, problemas de soledad, de hambre de comunicación y de impotencia para comunicarse, en una sociedad que no ha sabido crear mitos, por lo menos a los ojos de los jóvenes; y que les depara la sensación angustiosa de niebla circundante, de bloqueos y de falta absoluta de salidas.

Todo esto se da muy a menudo en el cuadro de una mitología afín. Se consume marihuana en acto conjunto con el de leerse—entre iniciados— poesía generalmente mala y bisoña y propia, y más a menudo aún con el de sumergirse en la onda de una música—muy frecuentemente *rock*— en la penumbra y en el aturdimiento de las disquerías cuando no, más pobre y modestamente, a la orilla de una máquina tragamonedas. En tal supuesto el gesto de consumir droga es sólo parte de un rito, el detalle de un culto exclusivo,

eventualmente agresivo y, en su más pura expresión, solipsista, segregativo y taciturno. Ese culto tiene también sus dioses, que suelen participar o haber participado en toda la parafernalia de semejante religión.

No todos los jóvenes, ni siquiera una mayoría de ellos, se drogan. La frecuencia del mal ha sido registrada en medios urbanos y, paradójicamente, en estratos sociales caracterizados por haber recibido una aceptable educación y hasta disfrutar de formas relativamente sofisticadas de la cultura. En las clases social y económicamente más desfavorecidas es un hecho de perfiles menos acusados, aunque el mal sentido de una “democratización” de las prácticas debe ser muy atentamente observado: además de ser menos destructiva, la marihuana es más asequible que otras drogas, y en los medios universitarios—que en algunas ciudades tienden a convertirse en medios masivos— es la más divulgada. Asimismo, la drogadicción de los pobres (que echan a hervir resinas y se intoxican con la saturación de los vapores) podría suscitar inquietud, si se extendiera. En todo caso, todas estas prácticas deben merecer formas de educación dirigida a la juventud y encaminada a hablarle en el tono de la persuasión y de la veracidad, sin suscitar los miedos y las estigmatizaciones morales, sin ensayar los modos de una satanización que ya se ha revelado contraproducente, si no inútil.

La llamada delincuencia juvenil ha merecido de los especialistas cientos de reflexiones y miles de páginas. Una de las afirmaciones que hoy ya no se discute es la de que se trata de una criminalidad de causación exógena en mayor medida que endógena. O sea, que la incidencia de los factores del medio, de los desajustes que se le plantean al joven en su conducta e influyen en su comportamiento prevalece sobre las motivaciones o los impulsos y estímulos que se hallen en la propia constitución psíquica del sujeto. Las especulaciones lombrosianas sobre el criminal nato o atávico están hoy en plena revisión, aunque no en absoluto descreído. De todos modos, para esa zona irreductible hay que seguir pensando en los sanatorios y hospitales o asilos más que en las cárceles o reformatorios. Se está frente a enfermos y, en algunos casos, frente a dementes y no frente a sujetos conducidos por su libre albedrío (con lo que ese puro arbitrio voluntario tiene de precario y de inconsistente en muchas

coyunturas) y, que, por tanto, sean responsables de sus actos. En los supuestos que, para simplificar, llamaríamos normales, el hecho del joven delincuente aparece en mucho mayor medida determinado por fuerzas externas a él que originadas en él. El entorno es más decisivo y fuerte e incontrastable que la entraña, en el caso del joven, todavía no formado y expuesto a la obra de tantos impulsos deformantes.

A pesar de esto, en nuestros países no se discurre —en la mayoría de los supuestos— otro expediente práctico más constructivo que el del proceso penal y la cárcel; como si se tratara de los males de la libertad y frente a ellos, dialécticamente, debieran obrar los diques de la prisión. Las cárceles, en América Latina y en el mundo entero, son horribles. Y en el caso de muchos delincuentes ocasionales o accidentales, jóvenes o aun maduros, ofician a modo de depósito meramente segregativo, si se les mide por el término mismo de la reclusión; y como emporios del crimen, si se les mide por el futuro de muchas carreras delictivas que se originan, contraen y afirman en los vicios, las experiencias y los conocimientos que depara la primera prisión preventiva. Las estadísticas criminales lo demuestran, en el elevado índice de las reincidencias. Por eso mismo, muchos criminólogos son partidarios de sustituir la pena detentiva corta, sobre todo en el caso del primario, por otras terapias.

Pero la sociedad mueve también las fuerzas de su alarma y de su sentido de la defensa social o de la seguridad social. Y en sus manifestaciones y en las opiniones de su prensa y en la oratoria de sus parlamentarios pide mayor severidad en las penas y más draconiano rigor en los tratamientos carcelarios, toda vez que se halle conmovida por la evidencia de un delito (o de una ola de delitos). Ir a las causas suele ser más engorroso. La primera y más elemental de las formas de la tranquilidad social finca en el encierro del culpable: cuanto más largo mejor, así ocurra que la época de reclusión sirva luego como catapulta en las carreras de quienes una vez han delinquido. El sentimiento popular entiende que si hay delito —y en una sociedad no puede dejar de haberlo, como sostuvo Durkheim— “la culpa es del Código Penal”, por su lenidad o benignidad; del Código Penal y de las leyes, por las facilidades que, en ese supuesto de la imaginación común, cualquier flexibilidad o liberalidad de trato suministra al

delincuente a fin de hacerlo reincidir. Es una idea-fuerza inconmovible, profana y primitiva, que no se rinde a las pruebas en contrario ni a los números de las estadísticas ni al beneficio de la individualización de la pena. Cárceles cada vez más duras, cárceles perpetuas, pide el sentimiento popular para sentirse defendido y dejar, casi inmediatamente, de pensar en la cuestión.

Es paradójica esa credulidad profana en la providencia de las cárceles por parte de la masa de población más desfavorecida, que debería ser quien —en buena lógica— menos creyera en ellas y las sintiera implantadas en sus existencias como una amenaza más sombría y concreta, por ser la más expuesta a sus rigores. Hay, entre los pobres y los humildes, un sentimiento irracional de búsqueda de la propia seguridad —en medio de la desposesión y de la pobreza— por la vía de castigar, reprimir y sancionar a los otros. En el pueblo mucha gente cree en las cárceles, en el entendido de que ellas se erigen para precavernos de los otros, sin advertir que históricamente las cárceles se han colmado siempre con gente extraída de las clases populares, que son aquellas que menos prestancia social tienen, llegada la hora, para sustraerse a las formas de la represión más indiscriminada, irritante e injusta.

Pero si todo esto es aberrante en prácticamente todos los casos, lo es mucho más cuando se trata de la delincuencia de los jóvenes. Mariano Ruiz Funes sostuvo una vez que el niño era un ser pre-social y amoral. Y las calificaciones se extienden muchas veces a los adolescentes y a los jóvenes, aunque en rigor hayan dejado —biológicamente— de ser niños. En algunos de nuestros países la prensa y los opinantes sueltos inventaron alguna vez una expresión inefable: hablaron de los delincuentes “infanto-juveniles” (al cabo de unos años cesó de usarse la palabra y nadie reclamó por su paternidad, pero las leyes —entretanto— ya se habían dictado). Periódicamente se plantea la exigencia de abatir legislativamente el límite de la edad biológica a partir del cual el autor de una conducta puede ser responsabilizado, declarado penalmente imputable. Los reformatorios, la tuición de menores no convencen a nadie, ni el Estado, atendido a resguardar otras necesidades y doctrinas de la seguridad, tiene fondos para gastar en albergues y en establecimientos correccionales, en ensayos de colocación familiar y otros medios que la ciencia dis-

curre pero que no logran el menor efecto de persuasión sobre los profanos. Abatir la edad límite de la imputabilidad criminal significa adelantar el reloj a muchas carreras posibles y evitables que se amasan en las cárceles. Pero hay un reflejo social asegurativo, incluso en las gentes más humildes, que sólo respira y descansa si otros humildes están presos. Y en los últimos años, con

la boga de la doctrina militarista de la seguridad nacional, levantar más cárceles, habilitar más cárceles, edificar más cárceles, ha llegado a adquirir el rango de una política. Con el agregado de que esas nuevas, duras y más rigurosas cárceles son destinadas a los presos políticos y, entre éstos, la predominancia del cautiverio de los jóvenes es cada vez sombríamente más pesada.

VI

Cómo se organizan y en qué creen los jóvenes

¿Cómo se juntan los jóvenes y en qué creen? ¿En quiénes creen, cómo se relacionan entre ellos, de qué hablan, qué escriben, qué leen, qué hacen en sus ocios, cómo se divierten?

Hemos ido deslizado algunos esbozos de todos estos tópicos en las páginas que anteceden. Pero se hace preciso atar algunos cabos, en medio del desorden connatural a una meditación predominantemente espontánea y, en homenaje a la índole de su tema, siempre libre.

Hay algunas pautas saludables a recoger y afirmar. Alfred Sauvy habló hace algún tiempo de "la montée des jeunes", del ascenso de los jóvenes. Aunque fuera una reflexión principalmente atinente a comprobaciones de naturaleza demográfica y a cifras sobre la media de las edades —que en América Latina son, de un país a otro, disímiles en grado aunque predominantemente altas y pujantes (Sauvy hablaba de la Francia de postguerra)—, el ascenso de los jóvenes en el cuadro de las edades tiene proyecciones sociales y políticas de la mayor importancia.

Si en América Latina uno de cada cinco habitantes es un joven, ese hecho tiene muy obvias proyecciones de presente y de futuro, que las recomendaciones finales tienen puntualmente que albergar, llegados al trance de las recapitulaciones. Pero, entretanto, cómo (y no ya solamente cuántos) son esos jóvenes, cómo se comportan, en quiénes creen, qué creen, cómo se distienden en sus recreaciones, de qué asuntos platican, de qué temas escriben, sobre cuáles materias leen con mayor inquietud y más apasionado interés?

Hemos aludido a un estilo joven y distinto,

que los jóvenes —cuando están situados en el nivel cultural y dotados de la formación que los habilita a tener audiencia— tratan de imponer como el sello de su presencia específica. El de la juventud es un tema que se pasa con la edad, suelen decir sarcásticamente los escépticos. Han visto desfilar junto a ellos, aducen, generaciones y generaciones de jóvenes cuya propuesta era, invariablemente, la de cambiar el mundo. Y luego esos jóvenes han madurado y luego han envejecido y se han plegado a los sedicentes dictados de una cordura más realista, resignada y melancólica. Y el mundo ha cambiado, sí, pero por los factores de su propia urgencia, no por los factores que empujaban, una vez y la otra, a la urgencia de esos sucesivos jóvenes. Toda edad tiene el pundonor y el engruimiento —el falso egocentrismo, diríamos— de ser una edad diferente, una edad de crisis y una edad crucial. Pero es posible que ésta, en que los dueños del mundo manejan la alternativa de liberar la fuerza del átomo con tan desaprensiva crudeza, sea realmente esa edad de encrucijada que tantas otras anteriores, a la hora de su hora, han presumido ser. Miremos entonces hacia los jóvenes, en esta antesala del prometido exterminio. Su emplazamiento, quizás trágico, no basta a hacerlos mejores ni peores. Pero convengamos en que contribuye a presentarlos como cualitativamente diferentes.

Hay signos de ese cambio, por lo demás, y ellos no son necesariamente de origen tan catastrófico ni de implantación tan negativa. Por una paradoja muy explicable, las travesías y penurias

recientes han producido algunos frutos satisfactorios. Es el caso, de que ya hablamos, de la nueva mentalidad de los jóvenes sindicalistas de América Latina. En tanto la estagnación y el endurecimiento en el favor oficial han perpetuado a conductores sindicales envejecidos y cerrado temporariamente el paso a los nuevos, en aquellos otros medios donde el sindicalismo ha sido fogueado en la negación, las pruebas, los reveses y la persecución, ha respondido con dirigentes jóvenes y muy diversos a los de la generación anterior, tan políticos y obreros como ellos pero más dúctiles, independientes y con un sentido más trascendente y menos rutinario del entendimiento de los valores de la disciplina laboral. Esos nuevos dirigentes son fáciles de distinguir de la planta rígida partidista y en la sustancia de las cosas muy tributaria de los líderes obreristas clásicos de unas decenas de años atrás, tiempos de bonanza comparativamente mayor.

Otro tanto comienza a acontecer en los cuadros de los partidos políticos que luchan por que se emerja del desastre de décadas de dictadura militar en varios países de América Latina. Que esa necesaria renovación de los cuadros políticos proyecte hacia la vida institucional y gubernativa de nuestros países a estudiosos del hecho social como Dante Caputo o de la ciencia como el Dr. Manuel Sadowski en Argentina o a legisladores con los títulos traídos de otros campos como el eminente ensayista y sociólogo brasileño Fernando Henrique Cardoso, son hechos auspiciosos que obran como contrapartida de tantos desastres y pueden tonificar la fe de nuestras juventudes, tan expuesta a desalientos ante la comprobación frecuente de los méritos reales de la condición del político en nuestras repúblicas. Y un cambio de mentalidad muy semejante parece advertirse en el caso de los dirigentes estudiantiles.

No todos los conductores que surgen de las filas de la oposición política son netamente jóvenes en esta fase de la propuesta de transformación en América. Pero las renovaciones que ya se adelantan en Argentina y Brasil tendrán el signo de una reacción novedosa y saludable y otro tanto se puede esperar, a plazo más o menos corto, para otros países como Uruguay, Venezuela y Perú.

Las palabras *mensaje* y *compromiso*, de exagerada boga hace algunos pocos años, se hallan hoy semánticamente muy desgastadas y hay que sus-

tituir las, porque son los vocablos y no las ideas implicadas en ellos los que han envejecido. Con estos u otros nombres, las "comunidades cristianas de base" que funcionan en Brasil bajo el favor y amparados por el prestigio de la Iglesia, y los llamados "comités de base", que sustituyeron a los clubes partidarios (y rejuvenecieron su estropeada imagen, en el Uruguay de 1971) pueden ser sitios adecuados para que los jóvenes se reúnan, sin monitores de ninguna especie, del mismo modo en que pueden juntarse en las asociaciones estudiantiles, las agrupaciones laborales o profesionales y hasta los centros deportivos y culturales, sospechados en las fases de persecución y que ahora, en tiempos comparativamente más calmos, podrían empezar a revalidar su existencia.

Los jóvenes han desgarrado muchos chalecos de fuerza en los últimos años, se han quitado de encima otros, casi sin que los mayores lo advirtiesen. Instituciones tales como los talleres de escritores y los cursos para impartir educación estética existen de un modo discreto, podría decirse que casi sigiloso, y se montan a veces dentro de hogares ofrecidos para esos fines. La ocasión para que los jóvenes intercambien experiencias generacionales y lecturas, cuando no las primeras pruebas de su propia escritura o de su aprendizaje en música y pintura, suele darse en cualquier lado y su espontaneidad y desorden pueden ser sólo aparentes, al tiempo que ayudan a los jóvenes a ser, lejos por igual del interés protector de los mayores y del acecho de la represión de los regímenes más duros. Tampoco aquí hay que adelantar los relojes. Una nueva generación florece y se despliega a partir del instante en que ha ganado su sitio y persuadido a todos acerca de la necesidad de su existencia, como las ramas en la conformación de un árbol. Ya dijo Píndaro que las generaciones de los hombres son como las generaciones de las hojas. El joven puede estar llamado a ser naturalmente (y sin afectación) un *naif*, puede recorrer su camino desde zonas de inocencia y chapuceo, desde zonas de imitación o bajo el alerón de los discipulazgos. Las escuelas en arte (literatura, pintura, grabado, música) no son malas por ellas mismas; pueden llegar a ser estériles, en cambio, si se amaneran, si permutan su antigua convicción de autenticidad y originalidad por las trampas del cada vez más redomado oficio.

¿Qué leen los jóvenes, qué escriben los jóvenes? Predominantemente poesía, dicen sus maestros y los estudiosos. No porque les parezca el género más fácil, que en modo alguno lo es, y acaso en algún sentido sea el más ingrato: con relación al número de quienes se sienten practicantes y convocados, es el sitio en donde habrán de ser menos los verdaderamente elegidos. Un narrador mediano y un ensayista escrupuloso pueden sentirse emplazados a llenar una función, a ocupar un espacio, a considerarse legitimados por su necesidad. Un poeta de relleno es una pieza social sobrante y es un joven atisbado por los fantasmas de la ociosidad creativa, la frustración y el fracaso. Si aparecen más poetas que novelistas y dramaturgos, eso se debe fundamentalmente a que el joven que se lanza a la aventura de sus primeros escritos se ve espiado, flanqueado y en definitiva atisbado por las imaginaciones de la inconclusión y de la muerte. Y el compromiso de la creación poética, aun siendo cualitativamente el más intenso y exigente, tiene la ventaja de confrontar a los enfrentamientos más breves y delimitados, a los hitos terminales más cercanos. Cuando se descubre el fondo de insatisfacción y de chasco que distingue a estos deslumbrantes sortilegios, a menudo se ha avanzado ya lo bastante para que cunda el desaliento de recomenzar: se está en puntos de no regreso, como en las trayectorias aéreas. Lo otro son las revoluciones: y las revoluciones, dentro de un joven y dentro de un hombre maduro son tan raras como en las sociedades, si no más.

Y entretanto, como actores llamados a salir al escenario en un día próximo, los jóvenes se preparan leyendo o escribiendo (o pintando y, en común a todas las vocaciones, desechando, desestimando y rompiendo). Cada generación se siente naturalmente llamada a decir lo que nunca fue dicho antes, en el modo en que nunca fue dicho antes. Paradójicamente, comienza tratando de decirlo por las vías de la influencia y de la imitación. Para los jóvenes latinoamericanos la década de los años 40 fue la del lorquismo, la década de los años 60 la del nerudismo; más tarde a la fama llegó, como una cumbre fuera de tiempo, en su capciosa posibilidad de desnudez esquelética, sufrimiento y ascetismo, César Vallejo. De momento, el espacio de ese compás generacional —que Julián Marías ha pautado a intervalos de quince años— ha aparecido ocupado por grandes nom-

bres dominantes, tan grandes y tan dominantes como los mencionados. Pero una mayor paciencia y un detenimiento más prolijo hacen saltar luego los nombres de los cabezas de fila, que son en definitiva quienes recogen primero y ceden o traspasan después las postas de la carrera. Ellos son quienes cosen la puntada de la continuidad con los años, por debajo de los otros juegos encontrados de superficie.

Los jóvenes se rinden con devoción a una moda tal como la de la canción de protesta; y los gobiernos suelen jugar su necesaria carta en tal partida, prohibiéndola. La canción de protesta vale como el ademán de rehusarse a ser estrangulado, expresa una fluencia incontenible y torrenciosa, sin que cuenten los estigmas de lo pasajero, de la repetición y del cansancio. En los momentos y en los trances en que aparece, la canción de protesta tiene un virtual sentido insurreccional en bocas de la juventud, como en su hora *La carmagnole* o *la Internacional*. Una canción de protesta caída en la rutina, en el academicismo o en el favor oficial es, por sí misma un contrasentido. Pero la realidad muestra que esos contrasentidos no son imposibles y que, en el revés de la trama, pueden recobrar todo su significado.

La canción de protesta ha sido, como el libelo clandestino y el *samizdat* ruso de nuestros días, una forma de expresarse contra la sofocación ambiente, contra el buscado unanimismo y el oficialismo de las opiniones incontrastables e irresistibles en los regímenes autoritarios. Acaso no haya sido sustancialmente muy diverso, en los orígenes, el proceso de surgimiento anónimo de las canciones de gesta en la Edad Media.

La canción de protesta ensaya el camino de una disidencia y trata de convertirla en una pasión militante. Entre todas las tentativas de objeción de conciencia y de salida humana a un sentimiento de rebelión popular, la llamada canción de protesta es la que cuenta con las preferencias de la juventud, lo cual es fácil de comprender si se atiende a su contenido emocional y conceptual vertido en el plano de lo más sencillo y accesible, a su sentido de comunicación de un mensaje y a la pegadiza y fácil trasmisibilidad de sus formas verbales y melódicas, todo lo cual supone elementos que obran como alicientes de una necesidad y urgencia de comunicación que se experimenta casi como vital en los tiempos más torvos y opresivos. Reconvertida una sociedad a las for-

mas más libres de expresión, la canción de protesta ha cumplido su finalidad y puede dejar paso a otras formas del *folklore*. Pero no por eso dejará de existir, si bien podrá asumir —al renovarse— un sesgo de más gozosa exaltación y un acento menos beligerante y contestatario, tal cual ha

ocurrido en la España actual. En los tiempos más duros y asfixiantes el pueblo suele encontrar el camino y el modo de decir muchas de sus verdades y prestar oído a las verdades ejemplares de su historia, esa misma historia que suele descuidar en los días felices.

VII

La educación de la juventud

Participación, desarrollo y paz, dicen las pancartas relativas a la juventud y a los objetivos de su movilización. Participación y desarrollo y participación en el desarrollo son, en puridad, dos objetivos mínimos y elementales. Sin una mayor participación de los jóvenes en la vida de nuestras sociedades, poco o nada será lo que pueda lograrse, en el sentido de un efectivo progreso social. Dentro de esos moldes o en ellos hay que verter inexcusablemente los contenidos. Porque hacer participar en mayor grado a los jóvenes supone, a su vez, mantener con relación a ellos una más satisfactoria capacidad de empleo que la actual y, a esos fines, cumplir y universalizar prácticas y sistemas de enseñanza que permitan alcanzar esas metas de mayor integración. En el tronco mismo de toda política destinada a conseguir una mayor participación de los jóvenes en la vida de nuestra sociedad, está implícita la necesidad de dotarlos mejor, de hacerlos más aptos, de incentivar a su respecto su actual competitividad. Y eso reclama universalizar de modo efectivo, más allá de las simples declaraciones, nuestros sistemas de enseñanza, en forma de que lleguen al mayor número, en todos los medios (urbanos y rurales), sin que su más amplia extensión se obtenga pagando el precio del abatimiento de los niveles y de las exigencias con que debe ser impartida. El fundamento de una verdadera revolución en los sistemas de enseñanza está, pues, en la raíz de todas las consecuciones posibles. En el caso de la enseñanza media el desiderátum de toda universalidad está ligado a un principio cierto, real y no irrealista de obligatoriedad. Lo cual implica una política del Estado que, sin perjuicio de las opciones dadas al educando y a

los responsables familiares indiscutibles de su formación —los padres— ponga en manos del Estado la adopción de una política que ataque en su causa las deserciones, ya que por ellas los ciclos no se completan, las bases no se cumplen y, en una ecuación social bien entendida, los costos del sistema aumentan, incurren en el dispendio que es connatural a su ineffectividad y, en últimas cuentas, claudican en sus fines y en la verdad misma de su filosofía social y de sus contenidos técnicos.

La universalización efectiva de la enseñanza media está indisolublemente vinculada al realismo de sus proyecciones, a su coeficiente de aplicabilidad, al hecho de que ella sea puesta al servicio de lo que una sociedad quiere y precisa, una vez determinado lo que esa sociedad quiere, cómo lo quiere y por qué y dentro de qué límites lo precisa. Una enseñanza que no circule, en un sistema de vasos comunicantes, con la posibilidad de empleo que el medio social ofrezca a los jóvenes, sólo sirve para perder tiempo en la vida de los jóvenes, para fracasar en el cálculo sobre la duración y el costo de los ciclos y para sembrar la frustración después de haber convocado al esfuerzo.

Y en la enseñanza a nivel superior, esa correlación viva con las posibilidades, satisfactores sociales y grados de empleo social de que el medio pueda estar dotado, debe ser el tronco de una política educativa seria, bien meditada y cumplida hasta el fin: preparar un exceso de antropólogos, sociólogos y psicológicos para un medio que carezca luego de la menor probabilidad de darles empleo es incurrir en lo que Alejandro Alvarez llamó una vez, con expresión insuperable, "pro-

greso manuscrito". Sería tanto como colmar de expertos en bibliotecnia a un medio donde luego no existieran los libros.

Ese contenido de indeclinable realismo —realismo en los contenidos de la enseñanza y en la dimensión de sus aprovechamientos naturales por el medio social— es insoslayable. En la tradición liberal y de raíz europea (más concretamente, francesa) de nuestra enseñanza superior, pensada para los cuadros de otra sociedad, se han cultivado hasta el exceso los males de un enciclopedismo postizo, sin posible comunicación ulterior con la realidad ambiente. En los hechos, ese falso dimensionamiento y esa desmesura, con bajos coeficientes de auténtico rescate, ha creado el exceso de costos y el exceso de años de aprendizaje, al tiempo que (todo está ligado) las deserciones, las fallas en un sistema de planificación social a cargo del Estado y la desorientación, la incertidumbre y el fracaso en las carreras y las vidas de muchos jóvenes. Querer crear humanistas al tiempo que profesionales y prácticamente en un solo haz o en un solo y mismo plan de enseñanza, conduce inevitablemente a no crear ni aceptables humanistas ni buenos profesionales, suscitando la quiebra del sistema a niveles insoportables por lo dispendiosos. Llegar hasta el fondo en una tarea de esclarecimiento de metas y objetivos es, en desnudo rigor, lo primero, la misión de asentar los pilares y las llaves de un sistema de educación. Si éste queda mal fundado todo lo demás quiebra, con los eminentes peligros que en el plano social y en la existencia individual de cientos, miles de hombres jóvenes ese yerro en previsiones y cálculos suscita.

En buen romance, pues, mayor participación y mayor desarrollo —mayor participación en el desarrollo— supone más efectivos y universales sistemas de educación, asentados en el terreno social más realista, con clara visión de los factores sociales que han condenado al caos a tantas políticas educacionales generosas pero soñadoras, quiméricas e irrealistas.

El otro, el tercero y último objetivo enunciado en las pancartas es tan primordial y contundente que en sus tres letras se cifran el progreso o la destrucción del mundo, el mejor logro de las políticas sociales o, con el alcance más craso, el final y la ruina de todo: se enuncia con la palabra *paz*. Es la principal palabra de que puedan proclamarse acreedores los jóvenes, puesto que —habiendo avanzado menos que los adultos y los viejos en el camino de la existencia— son los que tienen un más ancho margen de crédito natural para seguir viviendo.

La perdurabilidad de la paz, supuesto básico de todo posible progreso, está condicionada al extremo de que pueda evitarse el enfrentamiento de las dos superpotencias. Porque si en la medida de la perspectiva que crea su armamento atómico ese cotejo se produce, la guerra siguiente tendrá que librarla la Humanidad con hachas de sílex, como dijo alguien. Supuesto que quede Humanidad para hacerlo sobre la faz del planeta.

Hasta ahora, en la preparación, en las estrategias (esperemos que disuasorias) y en los simulacros de esta larga guerra fría, cebada a nivel experimental atenuado sobre campos menores, todos los personajes que sean otros que los dos actores llamados a los papeles principales no tienen otro cometido que el meramente amortiguador y expectante. Y todo lo que se ha discurrido, en conferencias y en organismos internacionales, aparte de idear trabas, vetos e interdicciones más verbales que efectivas, es precaver la simple posibilidad efectiva de que una amenaza de este tipo se materialice. Y no hay otras garantías que las apostadas a la cordura de los contendedores y al cálculo que cada uno de ellos debe haber hecho, acerca del menguado botín que le tocaría en el fin del mundo. *Paz* no es, por tanto, tan sólo una mera ansiedad de la juventud. *Paz* implica, nada más ni nada menos, la única alternativa de sobrevivir que le queda al mundo.